

**PALABRAS DE APERTURA POR EL SEÑOR RECTOR  
DE LA UNIVERSIDAD DEL SALVADOR,  
LIC. JUAN ALEJANDRO TOBIAS**

Al declarar abiertas estas Jornadas-Seminario "Métodos de Inculturación evangélica de los jesuitas en Asia, 1585-1985, (Siglos XVI-XVIII), me es grato dar la bienvenida a todos Uds., en nombre propio y de la comunidad universitaria del Salvador.

Estas Jornadas se realizan en una tónica conmemorativa: el 26 de noviembre de 1585 llegaban a Santiago del Estero el P. Alonso de Barzana y los primeros Jesuitas. Sobre este acontecimiento, escribí tiempo después al Padre Provincial del Perú, uno de los sacerdotes de la comitiva, el Padre Pedro Añasco:

"Nunca acabo de dar gracias a Dios Nuestro Señor y a Vuestra Reverencia, por la grande merced que me hizo de enviarme a estas tierras y en compañía de mi amantísimo P. Barzana, que puedo decir con mucha verdad que, aunque no ví al Santísimo P. Francisco Xavier en la India Oriental, vi al P. Alonso de Barzana, viejo de sesenta y cinco años, sin dientes ni muelas, con suma pobreza, con profundísima humildad. . . haciéndose viejo con el indio viejo, y con la vieja hecho tierra, sentándose por estos suelos para ganarlos para Cristo, y con los caciques e indios particulares, muchachos y niños, con tanta ansia de llevarlos al Señor, que parece le revienta el corazón".

Tal somera descripción de quien fuera llamado "el misionero más insigne de la Compañía de Jesús en Sudamérica durante los primeros decenios", está íntimamente unida a esa actitud tan propia de los jesuitas en su labor misionera: *la inculturación de la fe*. Y, a la vez, lo señala, como par, de aquel otro gran misionero, que abrió brecha en Oriente descollando como "inculturador": "el Santísimo Padre Francisco Xavier".

Como anteriormente lo dijera, el tema de estas Jornadas-Seminario trata sobre la realidad pastoral de "los métodos de incultura-

ción evangélica de los Jesuitas en Asia, durante los siglos XVI-XVIII. Figuras como las de un Javier, Ricci, Desideri, De Nobili, Valignano son verdaderos baluartes del diálogo de la fe con las culturas de los pueblos. Y ésto no por casualidad o simple coincidencia, sino por concepción doctrinal, por el seguimiento fiel a una vocación que, desde sus orígenes, supo optar por el hombre, como imagen de Dios, y, al optar por el hombre, ha optado por las culturas.

“La espiritualidad ignaciana, con su visión unitaria de la historia de salvación y su ideal de servicio a todo el género humano, fue un intento genial, al decir de los especialistas, de incorporar la sensibilidad y las características culturales del siglo XVI a la corriente de la espiritualidad cristiana, pero sin estancarse en una época, antes bien manteniendo activo tanto el dinamismo del Espíritu como la creatividad humana a lo largo de la historia en un constante proceso de adaptación necesaria a todos los países y en todos los tiempos (P. Arrupe S.J.)”.

San Ignacio es explícito en sus directivas: “Háganse amables por la humildad y la caridad, haciéndose uno todo para todos; manifiéstense, en cuanto lo sufre el Instituto de la Compañía, conformes con las costumbres de aquellos pueblos” (24 de septiembre de 1549). Y en una carta a los Superiores del 1ro. de enero de 1556, el mismo año de su muerte, ordena que se den penitencias a los jesuitas que no aprenden la lengua del país.

Podríamos recordar muchas directivas al respecto. Pero lo importante es destacar la consecuencia histórica de esta visión fundamental y plena de originalidad: la formación de hombres que han sabido optar por los pueblos y no por los imperios, hombres que saben descubrir, en la historia y la cultura de cada pueblo, la expresión de la semilla divina que hace al hombre más hombre y le confiere dignidad; hombres que llevan hasta las últimas consecuencias el dogma de la Encarnación, y se encarnan en las culturas de los pueblos, y ésto, en medio de grandes dificultades y sacrificios.

La intuición genial de San Ignacio, encarnada en sus discípulos, y de manera especial en quienes encararon esta labor de inculturación superó las fronteras, sin negarlas, para asumirlas en la policromática variedad de la manifestación divina.

Comencé estas palabras con la imagen del P. Alonso de Barzana, el primer jesuita que llegó al país, y que años antes, el 23 de septiembre de 1572, bautizara en la plaza del Cuzco a Tupac Amarú.

Quisiera terminarlas con otra imagen, la del primer jesuita que se lanzó a la acción evangelizadora de los pueblos respetando sus cul-

turas: la de San Francisco Xavier. Y para ello, así como me valiera de la descripción del Padre Añasco para el primero, utilizaré para finalizar, la descripción poética de un contemporáneo sobre el segundo. Javier, muriendo frente a las costas de China, reza así a Nuestro Señor:

Postrado a tus pies benditos  
aquí estoy, Dios de bondades,  
entre estas dos soledades  
del mar y el cielo infinitos.  
Con sal en la borda escritos  
fracasos de su poder,  
vencida de tanto hacer  
frente al mar y a su oleaje,  
ya va a rendir su viaje  
la barquilla de Javier. . .  
Te he confesado hasta el fin  
con firmeza y sin rubor;  
no puse nunca, Señor,  
la luz bajo el celemín.  
Me cercaron, con rigor,  
angustias y sufrimientos.  
Pero de mis desalientos  
vencí, Señor, con ahinco.  
Me diste cinco talentos  
y te devuelvo otros cinco.